



EDWARD ROSSET
MALINCHE



Narrativas Históricas

Hernán Cortés (1485-1547) es quizás el más importante de los conquistadores españoles, y su periplo por América una aventura extraordinaria y fascinante. Descubridor audaz e ingeniosos en una época de grandes héroes, fue el único que llegó a conocer a fondo a los indígenas americanos, hasta el punto de tomar por esposa a una de ellas (Malitzin, Mallinali o Malinche), y convertirla en una traductora de gran valor estratégico, que de este modo se convirtió en un personaje clave de la colonización de América y de las relaciones entre la corona española y los diferentes pueblos indígenas. Célebres episodios, como la quema de sus naves para evitar desertiones y la masacre de la Noche Triste le convierten en un personaje polémico y tremendamente controvertido. En su tercera novela Rosset lleva a cabo una exhaustiva investigación de las diferentes versiones existentes sobre personajes polémicos para, a partir de ellas, construir su propia versión, dotándola de ritmo y una gran agudeza psicológica.

Capítulo I

MOCTEZUMA

El emperador dirigió al *mazehual* postrado ante sus pies una mirada imperturbable. Por el contrario, en su interior una mano de hierro le estaba atenazando el corazón y apenas le dejaba respirar.

—Repite lo que acabas de decir —consiguió, por fin, ordenar.

El hombre, todavía postrado, sin atreverse a levantar la mirada, obedeció.

—Señor y rey nuestro, hace pocos días llegué a las orillas de la mar y vi andar por encima de las aguas algo así como una sierra o cerro grande, que iba de una parte a otra y no llegaba a las orillas; esto es algo que jamás habíamos visto, y, como guardas que somos de las orillas de la mar, estamos al cuidado y he venido a advertirte.

Moctezuma despidió al mensajero sintiendo un nudo en la garganta que le ahogaba. Inmediatamente, canceló todas las audiencias y llamó a los sacerdotes y oráculos.

Aunque el emperador de Anáhuac no era un hombre alto, su figura se veía rodeada de un halo de gravedad y ma-

jestuosidad. Era enjuto, de carnes prietas, de piel morena y, como todos los de su raza, tenía un cabello largo, muy negro y reluciente, que caía casi sobre los hombros. Su barba crecía un tanto indómita, con pocos pelos, negros, largos y puntiagudos. Sus ojos, endrinos y profundos, tenían un mirar grave, reposado. Todo el rostro irradiaba una cierta afealdad, acompañada de un aire majestuoso. Su porte convidaba a respetarle y reverenciarle.

Saltaba a la vista que no era hombre que se asustara fácilmente. Señor y dueño de la vida y la muerte de millones de súbditos, poseía enormes territorios y tenía bajo su mando varios poderosos ejércitos que controlaban los cuatro puntos cardinales de su imperio. Sin embargo, la noticia que acababa de recibir era un presagio ya anunciado desde tiempos inmemoriales: la vuelta de Quetzalcóatl, el dios blanco que había prometido regresar algún día desde oriente.

—¿Qué me podéis decir sobre Quetzalcóatl? —preguntó, inquieto, mirando a sus sacerdotes—. ¿Habéis advertido algún signo que indique su regreso?

Después de un largo silencio, uno de los sacerdotes se atrevió a hablar:

—Durante todo el año ha habido presagios, todos ellos negativos: la tierra ha temblado varias veces; ha habido un eclipse; mil ochocientos guerreros se ahogaron en un río; un huracán barrió el sur de la nación, aparte de otras muchas otras cosas.

—¿Podría ser que los extraños edificios que se mueven sobre las aguas del gran mar indiquen la vuelta del dios del viento?

Ninguno de los sacerdotes se atrevió a pronosticar sobre un asunto tan delicado. Todos conocían y temían el anuncio de Quetzalcóatl, hombre/dios, de aspecto grave, blanco y barbudo, vestido con una túnica larga, que había venido antaño a la tierra de los aztecas para mostrarles con obras y palabras el camino de la virtud y para dar leyes y

buena doctrina. Con el propósito de refrenar sus deleites y deshonestidades, les había recomendado el ayuno, y viendo el poco fruto que conseguía con su doctrina, se había marchado por donde había venido, que fue por oriente, desapareciendo por la costa de Coatzacoalco. Pero, al tiempo que se despedía de ellos, les dijo que volvería, que entonces su doctrina sería recibida y sus hijos serían señores y poseerían la tierra; y que ellos, los aztecas y sus descendientes, pasarían muchas calamidades y persecuciones.

Por fin, el sumo sacerdote asintió.

—Podría ser él. De todas formas, sería conveniente asegurarse. Sugiero que enviéis emisarios para que os traigan dibujos de lo que vean.

No tardaron en volver sus emisarios con numerosos dibujos de una especie de torres o cerros pequeños que andaban sobre el mar. Explicaron que habían llegado muchos hombres de tez blanca y abundantes barbas negras a las orillas del gran lago salado; unos pescaban con cañas, otros con una red que echaban sobre las aguas. Luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subieron a ellas.

Las gentes serían unas quince personas que vestían prendas raras de todos los colores. En las cabezas algunos llevaban paños colorados. Las carnes de los extranjeros eran mucho más blancas que las de ellos. Todos tenían barba larga y el cabello corto, hasta las orejas.

¡No había duda! ¡Quetzalcóatl había regresado!

Si todas las profecías se cumplían, largas horas de infortunio y desgracias se cernirían sobre el pueblo azteca.

¡Había que sacrificar un gran número de prisioneros para aplacar la ira de los dioses!

Capítulo II

EL JOVEN COLONO HERNÁN CORTÉS

El joven Hernán Cortés contempló ensimismado las maniobras que los marineros del barco llevaban a cabo para hacerse a la mar. Era evidente que el maestre de la nao, Alonso Quintero, devorado por una codicia tan aguda como rastrera, había decidido dejar los otros cuatro navíos que componían el convoy y adelantarse para conseguir vender su cargamento a mejor precio en Santo Domingo.

Entre la neblina matinal, los acantilados de La Gomera fueron poco a poco difuminándose según se alejaba el barco. A media mañana, la isla entera había desaparecido de la vista.

—¡Pardiez! —exclamó una voz junto a Cortés—. Se está levantando un fuerte viento.

El joven de Medellín se volvió para contemplar a un grumete que no sería más viejo que él cuando salió de la universidad de Salamanca, y de eso hacía ya dos años. Había oído a alguien llamarle «Caragato».

—¿Hay algún peligro? —preguntó más por entablar conversación que por otra cosa.

El grumete se encogió de hombros.

—Bueno, el maestro había acordado reforzar el palo mayor en La Gomera, pero parece ser que le han entrado unas prisas terribles por llegar a Santo Domingo el primero.

—Pues confiemos en que sea así; ya tengo ganas de poner pie en las Indias.

—Espero que no os sintáis defraudado.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Vuestra merced va allá, sin duda, a hacer fortuna.

—Así es, quiero seguir los pasos de Balboa, Ojeda, Juan de la Cosa y tantos otros que están escribiendo páginas gloriosas de la historia de Castilla.

—Sois hidalgo, sin duda; y bachiller, por vuestra forma de hablar.

—Lo soy —replicó Cortés—. Aunque debo reconocer que mi estancia en Salamanca podría haber sido más provechosa. Mi padre se empeñó en que estudiara leyes, pero no veo yo nada en el mundo que pueda ser más aburrido que rellenar páginas de reglamentos leguleyos.

—Queréis acción.

—Acción y nuevos horizontes.

—Podíais haberos enrolado en los ejércitos del Gran Capitán, en Italia.

Cortés asintió.

—Estuve a punto de hacerlo. En realidad, me disponía a enrolarme, pero algo se interpuso en mi camino...

El joven de Medellín no quiso dar explicaciones de lo que se había interpuesto entre él y el Gran Capitán. Al fin y al cabo, sus amoríos eran cosa suya, por mucho que en el fondo de su conciencia se sintiera avergonzado por haber desperdiciado un año de su vida gozando de los favores de una dama, cuando se le suponía defendiendo su bandera en Lombardía.

—Pues en Santo Domingo no encontraréis esa clase de acción y aventura. Allá los peores enemigos serán los mosquitos y el aburrimiento.

—Habr , sin duda, expediciones en busca de nuevas tierras...

—Me imagino que s  —dijo Caragato—, pero pocos se hacen ricos en ellas. Más bien, muchos pierden la vida en el intento.

—Yo har  fortuna —sentenció Cortés, con la mirada perdida en el horizonte.

— Conoc is al nuevo gobernador? —pregunt  Caragato—. Es de vuestra tierra.

—Conozco a frey Nicolás de Ovando —asintió el de Medellín—. Es un viejo conocido de mi padre. De hecho, yo iba a embarcar con él, pero tuve un pequeño accidente trepando un muro ruinoso...

Caragato sonrió.

—Y el padre de la dama os esperaba al otro lado del muro,  no?

—Algo así —gru o Cortés, que todavía conservaba fresco el recuerdo de la triste aventura en su memoria.

* * *

Por la tarde, la mar se tornó de repente muy picada y un viento racheado hizo que el maestre ordenara recoger la mayor parte del velamen.

Sin embargo, no lo habían conseguido todavía cuando, con un crujido siniestro, el palo mayor cayó sobre el puente con gran estrépito, arrastrando en su ca da jarcias, cordaje y velamen.

No hubo víctimas porque casi todo el pasaje y la tripulación que no estaba de guardia se hallaban a popa comiendo las conservas y confituras que Cortés había traído a bordo para su despensa.

Quintero, avergonzado y alicaído, tuvo que volverse a La Gomera, donde imploró a los maestros de los otros cua-

tro barcos que le esperaran hasta que hubiese reparado el mástil de su nao.

Por extraño que pareciese, los otros cuatro accedieron a su ruego, aunque en el fondo sabían que en cuanto pudiera volvería a jugársela.

Y eso fue exactamente lo que Quintero hizo pocos días más tarde, cuando las cinco naves se hallaban ya en alta mar. Impelido por la codicia, una noche desplegó todas las velas con viento en popa y pronto desapareció de la vista de sus compañeros.

Sin embargo, una vez más, el ángel de la justicia volvió a castigar al codicioso maestre, pues, bien fuera por error del piloto o del mismo Quintero, la nave perdió su rumbo, la comida se agotó y el agua tuvo que ser racionada a un cuartillo diario.

Mientras unos maldecían su fortuna, otros se confesaban y se absolvían mutuamente sus pecados. Todos esperaban ya una muerte cierta.

Después de una noche de calor pegajoso, el día prometía ser como los anteriores: un verdadero horno, un día más de infortunio y desesperanza. Sin embargo, a media mañana la voz ronca y temblorosa de un marinero hizo que todo el pasaje sintiera que volvían sus esperanzas.

—¡Una paloma!

Todos los ojos se levantaron al cielo. Tripulantes y pasaje pudieron contemplar cómo un ave de gran envergadura, un albatros, se posaba mansamente sobre uno de los estays.

—¡Es un presagio! —gritó uno de los marineros—. Dios nos envía una señal. La tierra no puede estar muy lejos.

—Es el Espíritu Santo, que en forma de paloma nos viene a consolar —gritó otro—. ¡Sigámosla!

Dos días más tarde, el 4 de julio de 1502, por fin divisaron unas montañas lejanas que el piloto identificó como Promontorio de Samaná, en la isla La Española. Cuatro días

después entraban maltrechos en el puerto de Santo Domingo.

Quintero encontró allí las otras cuatro naves, que, por supuesto, se habían llevado ya la crema del mercado.

* * *

Una vez repuesto, el joven Hernán Cortés marchó con una carta de recomendación de su padre a ver al gobernador Ovando a su residencia. Vestía sus mejores galas, traje negro, cuello de puntillas y calzas largas. Sobre su pecho lucía una cadena de oro. Hacía un calor pegajoso. Cortés, con sus manos enguantadas, llevaba enrollado el pergamino que le había entregado su padre.

Se detuvo indeciso ante la puerta del palacio; a través de grandes ventanales abiertos se veía a varios escribientes inclinados sobre enormes libros, con plumas de aves exóticas en la mano.

Dos soldados, con aire aburrido, cuidaban de la entrada.

—Su excelencia no se encuentra en palacio —respondió uno de ellos—. Tendréis que hablar con el secretario.

El tal secretario se llamaba Medina, persona de rostro enjuto, descarnado, con ojos brillantes e inquietos. A ambos lados de la boca se marcaban dos pliegues profundos en una cara bien rasurada. Con manos finas y delicadas desenrolló el pergamino que le entregaba Cortés, y cuando lo hubo leído se volvió hacia el joven con una sonrisa.

—El señor gobernador ha tenido que salir a sofocar algunos brotes de rebelión. Me temo que vuestra merced tendrá que esperar unos días.

—¿Hay una campaña en curso? —preguntó Cortés.

—Aquí siempre hay alguna campaña en curso, pero muy lejos de lo que, sin duda, imagináis. Nada de caballerías desplegándose en semicírculo, nada de trompetas y fanfa-

rias. Aquí se combate en bosques y pantanos; es decir, en terrenos casi impracticables.

—¿Podría ser mi espada útil al gobernador?

—Eso se lo tendréis que preguntar a él, pero lo dudo. La «campana» a la que aludí es ni más ni menos que un intento de cobrar las contribuciones a unos indios que se niegan a pagar. Normalmente, cuando se acercan los soldados a una aldea, los nativos se esconden, y mientras los soldados queman sus chozas, ellos arrojan flechas desde los árboles. A los que se logra capturar se les aplica en el muslo el hierro candente de la marca del gobernador y se les trae como esclavos.

A Cortés no le pareció que esa forma de «atraer» a los nativos al rebaño de Cristo en la tierra, como proclamaba la reina de España en su famoso testamento, pudiera dar muy buenos resultados.

—Vuestra merced me pinta un mundo un tanto despótico. ¿Es así como se convence a esta gente para que se una a la Corona de Castilla y a la grey de la Iglesia?

El hombre se encogió de hombros con indiferencia.

—Dentro de unas semanas, cuando os hayáis acostumbrado, lo veréis como la cosa más natural del mundo. De todas formas, os prevengo que no critiquéis a la Iglesia porque los frailes de San Jerónimo se ocupan mucho de aplastar cualquier conato de herejía a este lado del mundo.

—Lo tendré en cuenta. ¿Dónde me aconsejáis que busque fortuna?

—Maese Velázquez tiene el proyecto de ir a la vecina isla de Cuba con algunos hidalgos jóvenes para hacer prevalecer allí los derechos de la Corona española. Quizá podríais acompañarle.

* * *

Nicolás de Ovando, sucesor de Francisco de Bobadilla, que a su vez había sucedido al almirante Cristóbal Colón, era un hombre enjuto de elevada estatura. Se cubría con amplia y negra capa. Sobre su pecho lucía la Cruz de Alcántara. Se puso el sombrero y los funcionarios del gobierno siguieron su ejemplo con aire solemne.

Frente a ellos se hallaba el hidalgo recién llegado de Castilla. El joven vestía de negro de pies a cabeza, con sombrero y espada.

Con voz pausada y grave, Ovando dio comienzo a la lectura del documento oficial.

Nuestro clementísimo rey e señor Don Fernando dispuso en su cédula real dada en Valladolid el nueve de agosto de mil e quinientos y cuatro:

Que, siendo nuestra voluntad e deseo que nuestros muy amados súbditos se establezcan en considerable número en las Indias, hemos acordado dotarlos de propiedades mostrencas para casa, jardín e tierras que para dicho fin deben ser destinadas por el gobernador. El gobernador, empero, deberá tener en la mente para su mejor juicio, cuál es la condición del candidato: si caballero o campesino, e cerciorarse cuidadosamente del uso e empleo de cada uno en particular. Ordenamos, también que dichas tierras, entregadas en usufructo, sean consideradas como de su legal propiedad después que sus usufructuarios las hayan administrado durante cuatro años consecutivos, de manera intachable e conforme a los usos establecidos. Asimismo autorizamos e damos poder al gobernador para que, según las necesidades de mano de obra, cuide del repartimiento de criados indígenas, de acuerdo con nuestra anterior Real Cédula e otras anteriores que sigan en vigor.

A continuación, el gobernador leyó de otro pergamino.

De acuerdo con lo ordenado, Yo, Nicolás de Ovando, Gran Caballero de la Orden de Alcántara por la Gracia del rey, gobernador de la Española, en virtud del poder que me

confiere la Corona, os otorgo a vos, Hernando Cortés, las tierras señaladas e limitadas debidamente que se encuentren en la demarcación de la ciudad de Azua. Me reservo el disponer acerca del número de indios que se os asignarán e que me corresponde fijar como gobernador. Así sea.

* * *

Cuando hubo terminado la lectura, todos los funcionarios, incluyendo al notario real, sacaron sus anillos de los dedos y los aplicaron sobre la cera reblandecida. Después firmaron uno tras otro. Concluida la ceremonia, se quitaron el sombrero y saludaron al joven colono Cortés.

* * *

El nuevo colono contempló meditabundo a los indios que le habían correspondido en el «repartimiento». No parecían muy contentos con su suerte. Habían acudido con sus escasos y miserables enseres, que se amontonaban al pie de unos árboles.

Según la última voluntad de la reina Isabel, el alma de aquella gente no podía ser enhenada. Los señores españoles debían tomar a los indios compasivamente de la mano para sacarles de su ignorancia. Había que erigir el Reino de Dios en el Nuevo Mundo. La reina, en su palacio, veía aquellos indios como niños grandes que debían obedecer y dejarse guiar por las palabras de los predicadores.

Ahora Cortés se encontraba con un mundo que poco tenía que ver con aquellos buenos deseos. Aquí le hablaban del restallar de los látigos, de los ladridos de los mastines, del chirrido de la carne cuando se le aplicaba el hierro

candente, y los gritos de dolor de aquellas gentes apegadas a su forma de vida.

Doscientos cincuenta indios se hallaban sentados en círculo alrededor de una docena de hogueras.

El primer pensamiento de Cortés había sido ofrecer a los indios sus tierras en aparcería. Ellos rotularían sus tierras y él cobraría un arrendamiento.

Mendoza se había reído de su idea.

—Los indios no moverán un solo dedo para trabajar —le había dicho—. El mañana les tiene completamente sin cuidado.

Cortés caminó entre las hogueras. Aquí y allá una madre amamantaba a su hijo. A su paso, los hombres, escuálidos, y las mujeres, pálidas y temerosas, se agrupaban con miedo ante la presencia de su nuevo dueño. El joven todavía llevaba su traje de ceremonia e iba sin armas. En la oscuridad de la noche tropical, en la que las llamas danzantes de las hogueras llenaban el aire con sombras dantescas, el joven miró hacia el interior de su propia alma. ¿Era él verdaderamente el dueño de aquellas doscientas cincuenta vidas humanas?, ¿cómo vería Cristo aquel repartimiento de seres humanos?, ¿había algo de justicia en la donación de unas tierras que en realidad pertenecían a los nativos?

—Me gustaría que los indios trabajaran en completa libertad —había dicho Cortés a Mendoza.

—Haced lo que os plazca con vuestros indios, pero no os aconsejo que les deis la libertad, podrían caer en peores manos. Y, de todas formas, al obispo Fonseca no le gustaría.

—¿Qué tiene que ver el obispo Fonseca en este asunto?

—Su eminencia es quien preside el Consejo de las Indias (y quien, claro está, se embolsa una buena parte de los beneficios). Es un hombre enfermo, seco y encerrado en antiguos preceptos. Le gustaría que la conquista de este nuevo mundo fuera llevada a cabo de igual manera que ha-

ce quince siglos eran dirigidas las legiones romanas. Si hay algo que no está de acuerdo con las reglas que ha trazado, sencillamente lo borra.

—Pero ¿cómo está al corriente de lo que pasa al otro lado del mundo?

—Todos los hilos del reino van a parar a sus manos; por ellas pasan documentos y pergaminos, órdenes y licencias; pero lo que se llama «un indio», eso no lo ha visto jamás, como no fueran los seis que llevó a España el almirante Colón. Y ese desconocimiento de los nativos se extiende igualmente a todas las demás cosas de aquí.

»¿Sabéis, por ejemplo, qué tenemos que hacer antes de entablar batalla, según sus instrucciones?

—Os escucho.

—En primer lugar, no se debe emprender ninguna expedición en la que no vaya un notario real. En caso de posible lucha, el notario debe anunciar en voz alta por tres veces el derecho de la Corona española. Pero, además, curiosamente, se hace la invocación... en latín.

»Después es preciso que se trace la señal de la cruz con la espada, y que todos los soldados añadan: amén.

»A continuación el secretario extiende un certificado que firman como testigos dos escribanos. Y, aunque los indígenas no sean lo bastante pacientes y corteses como para esperar a que se lleven a cabo tales actuaciones, los arcabuceros deben abstenerse de hacer fuego, y los ballesteros de disparar sus ballestas, mientras no se hayan cumplido las fórmulas prescritas. Sólo cuando todas estas ceremonias no dan el resultado apetecido, pueden los soldados entablar combate.

—Espero —masculló Cortés con sarcasmo— que los frailes se den prisa en enseñar latín a los nativos...

—Pero debo reconocer —añadió Medina—, que también hay frailes indiófilos. Entre ellos destaca un joven dominico, un tal Las Casas. Sus sermones son famosos en La